

TÍTULO : NO MANUEL ¡NO ESTA!
SEUDÓNIMO : JOHATHAN ZAVALA
TEMA : RESPETO Y TOLERANCIA

Don Manuel ¡no está!

¡Don Manuel!

¡Qué!, contesta —él— mientras refriega sus manos sobre su cotona azul, desgastada y desteñida. Esbozando su acostumbrada sonrisa de servicio, debajo de aquel bigotito gris, que el tiempo le ha impuesto.

—Sr. CA. ¡Cómprame un café, express!

—¡Apúrese! ¡Aquí tiene tres mil pesos!

—Después —asee mi oficina— finaliza.

—Don Manuel, de reojo, mira su reloj pulsera. Marcaba las 18.50 horas. Exhala un derrotado y discreto suspiro de resignación. —Su hora de salida era a las 19.00 horas, y a las 19.30 horas, tenía hora con el médico; sin embargo, sabía qué, invocar un “pero”, sería tomado como un acto de rebeldía y protesta, y —*no estaba en su mente arriesgarse a una represalia, un infierno que bien conocía*— de modo, que en silencio —decidió— postergar su hora al médico.

—Si bien, el —Sr. CA. No era un tirano, pero “el subjefe” —el Sr. CP.— si lo era, bajo el amparo de la pusilanimidad del “primero” y, sobre aquella jerarquía usurpada, alimentada de susurrantes intrigas, “Don Manuel” era la espalda de cualquier forma de azote. Una cosa minúscula, sin voz protestante, por lo qué, gradualmente, casi de forma imperceptible, fue asumiendo la tarea de “junior”, que muchas veces le acarreo problemas, a través, de llamados de atención por la deficiencia de su trabajo, aunque todos sabían porque, pero nada decían, pese a que, fue cómplice y encubridor con su silencio, cuya lealtad, nunca fue recompensada en momentos de auxilio, y aún así, fue discreto y servicial.

—Para don Manuel, salir más tarde de su horario, siempre atentaba con su vida personal. Si bien, no era un coliseo de entretención, pero, jugar con su gato “Milo” después de un largo día, “si” era un momento de paz, y leer algunas selecciones Readers Digest, que había heredado, lo remontaban a su niñez, cuando eran muchos, y hoy, sólo queda él, en aquella antigua casa.

—En esta efímera estancia de libertad —él— podía adueñarse del tiempo, convirtiendo el tic tac del reloj, en una mera entidad, que poco importaba en su hogar. —En esa pirámide de silencio —él— podía estar horas y horas sentado en su sillón desgastado, sin pensar en nada específico. Solamente, estaba allí, inmutable, sin miedo, frente a una pared, donde yacía un antaño calendario religioso.

—¡Don Manuel!

—Una voz femenina sacude su apacible tarea.

¡Qué! Responde, —él— cortésmente.

¿Puede lavar mi auto, durante su colación?

¡Claro señorita? Contesta él, sabiendo de quien se trataba.

—Una tarea imprevista, que para —Don Manuel— era terrible, toda vez, que sufría de diabetes, y su almuerzo, era vital para un buen equilibrio de su glucosa, pero accedió sin una protesta, con un educado ademán, cuando —aquella— le entregó un manojo de llaves, entre las cuales se encontraba las del vehículo, que bien conocía, por razones obvias, aunque esta vez, su corazón estaba un poco resentido, porque días atrás, —aquella misma señorita— lo trato mal, porque él, olvido una simple cosa: vaciar su basurero, que contenía en su interior, solamente el envoltorio de un coyac.

*

—¡Don Manuel!

—Una áspera voz masculina, invoca su nombre. Proviene de una oficina, ubicada al final del pasillo. Él sabía quién “era”. Le temía, porque, en más de una ocasión, le malogro el día. Quizá, —aquél— no le tenía “mala”, sino era más estricto, pensaba para sus adentro ingenuamente Don Manuel, disfrazando la tiranía y el maltrato que sufría, en una especie de disciplina. Una idea, no sólo errónea, sino hasta absurda.

—Don Manuel, golpea, suavemente la puerta, aun cuando estaba entreabierta.

¿Puedo? Pregunta con voz dócil.

¡Si!, se oye por la abertura de la puerta.

—Sr. CP: ¿Qué hará el sábado?

Creo que nada, contesta —Don Manuel— lleno de curiosidad, aunque a menudo, las peticiones del Sr. CP: “parecían órdenes”, en vez de favores.

¡Si no puede! Me dice. —Lo amenaza—. Vere otra forma, finaliza. Frase que siente en su corazón como una espada de hielo, pero negarse, o decir “no puedo”, más de una desventura, le acarrearía a posteriori; así que, bajo ese techo de miedo, prefería estar siempre —llano—

—El Sr. CP: necesito que vaya el sábado a mi casa. —El patio está lleno de “cachureos”. —Quizá, alguno de —éstos— le sirva. Prosigue: como vive solo, dudo que tenga otros compromisos. —Dándole así, un corte a la escueta conversación.

—Don Manuel, asumió el compromiso, sin protestar; aunque ese día deseaba viajar al campo, pero, bajo el alero de una posible represalia, terminaba por aceptar siempre en perjuicio de su humilde agenda cotidiana.

*

*

—No era usual que don Manuel llegase tarde a su trabajo, pero cierta vez, en invierno, un día lunes, llegó quince minutos con retraso. Nadie preguntó “porqué” , sólo recibió una lluvia de críticas. Algunos requerían sus servicios por cuestiones personales, si bien lo apeno, porque si existió una razón, pero no estaban interesados en oírlo, así que prefería en casos como este, una bofetada de crítica o amonestación, o el pago de algún tributo por su retraso, como la exigencia de una tarea, que no podría negarse, porque su atraso era una falta que debía pagarse, aun cuando otros tenían el hábito de llegar tarde, pero, contaban con la tolerancia de alguien jerárquico, si bien era injusto, pero —él— don Manuel, era el coxis de la escala de rango de la oficina, y así funcionaba —inalterablemente— a pesar de encontrarse él, próximo a jubilarse, pero eso no importaba.

—En otra ocasión enfermo, tras mojarse bajo la lluvia cuando fue enviado a comprar cigarrillos, pero durante los días de licencia, nadie llamó para preguntar cómo estaba, y si necesitaba alguna cosa, sólo mostraron cierto júbilo cuando volvió, no porque se haya recuperado, eso era claro, sino porque el “junior” estaba de regreso para sus requerimientos personales.

—Paso el tiempo, y don Manuel jubiló. Desapareció, pero cierta ocasión concurrió a su antiguo trabajo por extrema necesidad, pero debió esperar varias horas sentado en la banca, mientras algunos pasaban delante de él, a quienes en más de una ocasión les hizo favores en su horario de trabajo, y para otros, que contaron con su discreción, ninguno fue capaz de detenerse y preguntar “como estaba”, sin embargo, esto no fue lo más triste, sino que sencillamente no lo hayan atendido, y se hayan olvidado de él en la sala de espera.

*

—Don Manuel, para sanarse del alma, se cobijo en una agrupación de personas de la tercera edad, allí entendió la soledad y la ingratitud, pero de algún modo estaba feliz, porque —allí— no era una persona invisible, como lo era en su antiguo trabajo.

FIN

Seudónimo: Jonathan Zavala

